

Primera Parte

LA MISIÓN

1

Para: General Supremo Kyle J. Masters
Asunto: Operación Arca (Sólo Para Sus Ojos)

Estimado General Masters,

Se que muchos pueden pensar que el fin está cerca, pero yo se que usted es una de esas pocas personas que no lo aceptará y está dispuesto a luchar contra lo inevitable, así que, dejaré todas las formalidades, e iré al grano. El tiempo no es un regalo con el que contamos.

Le contacto pues le necesitamos para una misión de extrema importancia no sólo para el gobierno, sino para la humanidad misma. Me tendrá que disculpar que no le de los detalles aquí, pero es por una cuestión de seguridad del operativo. Lo único que debe saber por el momento es que este operativo es una nueva oportunidad para evitar el fin que parecemos destinados a sufrir. Es una oportunidad de arreglar los errores.

Lamento no poder ser más específico, pero eso es todo lo que puedo decir. Créame cuando digo que es necesario que usted participe en este operativo. Usted es un hombre de deber, General, y sé que vendrá simplemente porque se le necesita aunque sea el fin del mundo. Siéntase libre de traer su familia al Bunker Principal de la Base, donde le estaré esperando.

Contamos con su presencia.

2

Apartó lentamente de su vista la carta firmada por el mismísimo Presidente, y se quedó contemplando a la nada, sentado en su sillón de cuero oscuro, en el medio de la sala de estar vagamente iluminada. Estaba sentado al lado de su prominente biblioteca de literatura, bañada en el anaranjado emitido por la insípida luz del techo. Biblioteca que una vez le había llenado de esperanzas e ideas, pero ahora, nada. Simplemente, como él en ese momento, permanecía inmóvil y sin uso.

Los ojos azules del hombre, que parecían dos pequeñas lagunas en el mapa que era su rostro, plagado de cicatrices y marcas de guerra, pasaron de observar la carta de papel a su mujer, que le observaba con preocupación, con sus ojos amarronados, desde el marco de la puerta, apoyada sobre el metal de éste.

El fin del mundo era más que inminente y ¿Qué era lo que él estaba haciendo? ¿Leyendo cartas del gobierno? Si, eso hacía; y pese a que algunos podrían haberse sentido estúpidos por gastar su tiempo en eso en una situación tan extrema, él simplemente lo veía como su deber. No había otra cosa, sólo su deber y su familia.

Era el General Kyle Masters, comandante de todas las Fuerzas Planetarias, y allí estaba, en su mano, la carta que le suplicaba su ida al deber para algo no específicamente aclarado. Cualquiera otro habría pedido mas explicaciones, él no. Era más que evidente que era algo serio, no sólo por el contenido de la carta, sino porque ésta era de papel, en vez de los usuales correos electrónicos que iban a todos lados. Aquel material antiguo era algo ya casi inexistente que se usaba simplemente para cosas oficiales. Era más que evidente que la carta había sido enviada por papel para evitar dejar registros en el sistema de su envío y contenido. También hacía más que evidente la urgencia del tema el hecho que el presidente hubiera firmado la carta. ¡El Presidente

mismo! Éste se habría hecho tiempo en su mas que compleja y dificultosa agenda para escribir y firmar ese escrito. Sin duda, aquello era importante.

—¿Qué pasa, Kyle? —Preguntó, hambrienta de información, su mujer, que no dejaba de acariciarse su castaño pelo en impaciencia.

No respondió inmediatamente. Simplemente se levantó del sillón, que emitió un leve chillido al perder el peso de su usuario, e izó la carta de papel doblada frente de su rostro, como si fuera una especie de crucifijo religioso, mostrándosela a su esposa.

—Tenemos que irnos a la Base Principal —susurró con precaución, como si fuera una sugerencia, pero detrás llevaba la fuerza de una orden militar. Era algo inevitable en una persona de dicho rango y carrera—. Algo importante sucede. Podemos ir todos.

—¿Te parece necesario ir? —Preguntó su mujer, con un humor que parecía totalmente negativo.

—Sí. Me han llamado y parece que hay algo importante. Algo que puede ayudarnos.

—¿Sí? ¿Qué es? —Repuso su mujer, con ojos brillantes en esperanza, como los de un niño en una tienda de dulces.

—No lo sé. Pero lo averiguaremos una vez que lleguemos allí —replicó con su áspera voz Kyle—. Prepara las cosas. Yo le avisaré a John.

La mujer asintió y se dirigió sin más decir por el pasillo, perdiéndose de la vista de Kyle. Si había algo a lo que estaban acostumbrados era moverse de lugar en lugar. Siempre llegaba una orden y siempre se tenían que mudar, siempre por cuestiones de trabajo de él, obviamente. Misiones, o supervisiones en lugares remotos siempre llamaban. Como por ejemplo ahora, se encontraban en una base militar de alta seguridad, bastante extensa, en la cual, en la base principal, que quedaba a solo un par de kilómetros se encontraba el mismo Presidente. No sería un viaje largo, a diferencia de los otros, pero por alguna razón, Kyle tenía el presentimiento que así sería. Nunca nada que era convocado por el Presidente era corto o simple. Todos sabían eso.

Tomó una bocana de aire y guardó la carta de papel en el bolsillo de su elegante traje militar oscuro, mientras que con su otra mano acomodaba su reluciente pelo negro hacia atrás. Comenzó a caminar hacia la escalera, para avisarle a su hijo de su nuevo destino.

3

Entró a la habitación increíblemente ordenada de su hijo y miró de un lado a otro. La luz verde del exterior se las ingeniaba para atravesar la cortina que colgaba para obstruirla, que era tan efectiva como utilizar un zapato para matar a un león. El cuarto era pequeño, con sus paredes originalmente blancas, pero a falta de la luz central encendida, todo parecía verde radioactivo, gracias a la luz exterior.

John, extrañamente, estaba sentado sobre su blanca cama, en vez de estar sentado en su escritorio, utilizando su computador como era usual. Había cambiado. Antes, sacarlo de esa pantalla era una batalla feroz. Ahora, como la mayoría de la población de la Tierra, estaba meditando que hacer en los últimos días. Era un muchacho alto para su edad, y bien formado. Su pelo grasoso negro caía a sus costados de manera extraña para ser el hijo de un militar, totalmente desprolijo, mientras que sus ojos giraban como dos torbellinos azules, de un lado al otro, tratando de encontrar respuestas a sus plegarias en esa habitación de metal blanco.

A diferencia de su esposa, su hijo, John, era más difícil de convencer en asuntos de mudanza y movidas. Siempre cuestionaba y preguntaba si era realmente necesario y requería explicaciones. Su esposa, en cambio, simplemente lo aceptaba y ya. No

discutía, no se oponía, ni opinaba casi. Sólo estaba en blanco en su lugar y punto. Su hijo era el que realmente se hacía notar.

Kyle observó a su hijo por unos momentos, de pie enfrente de la cama de éste, que parecía no haber notado su entrada, y luego se sentó a su lado. John estaba mas pálido de lo usual, como si hubiera visto su propio fantasma. Al parecer, aceptar el fin del mundo era igual de difícil para un mayor de edad como para un muchacho de quince años.

—¿Estás bien? —Preguntó Kyle, poniendo una de sus fuertes manos en la espalda encorvada del muchacho.

—No. A diferencia de ti, no estoy bien —replicó John con una adolescente voz pero cargada de lo que parecía ser envidia, sin mirar a su padre aun—. El Mundo está por acabarse y no parece importarte. A los demás nos importa, te aviso.

—También me importa, pero quiero creer que las estadísticas son equivocadas. Deben serlo.

—Las estadísticas están bien, los científicos nunca se equivocan. No es como en el pasado que predecían cosas que nunca sucedían. Eso ya no sucede. En el mundo real, lo que los científicos predicen sucede. La humanidad se va a acabar, papá, junto a todo lo demás en este planeta. ¿Por qué quieres creer lo innegable?

—Sólo porque si —soltó Kyle con cierta aspereza, y luego volvió a relajar su voz—. Quizás se hayan equivocado ahora, John. Francamente, nunca me importó un carajo lo que opinaran los científicos.

—Lo sé —replicó John mirando por primera vez a su padre en toda la conversación. Su rostro parecía ahogado en total preocupación.

—De cualquier manera, John, vine a hablarte de algo relacionado a esto. Necesitamos irnos. Ahora.

—¿De nuevo? —Gruñó el muchacho, saltando de la cama, totalmente indignado como si su padre acabara de decir algo realmente obsceno—. ¿Ahora? ¿A dónde puede ser que te envíen ahora en el fin del mundo?

Kyle no dijo nada. Simplemente metió su mano en el pantalón de su negro uniforme y sacó la carta cremosa plegada y se la entregó a su hijo, que la tomó como si esta fuera un pedazo de alimento y él un niño desnutrido. Pareció no notar el detalle que era de papel, seguramente, pensó Kyle, porque John siempre andaba leyendo esos antiguos y polvorientos libros de papel ordinario que valían una fortuna y eran mas que complejos de conseguir. Otra persona, podría haber estado buscando la manera de navegar en Internet con aquel trozo de papel. Le daba vergüenza propia recordar que la primera vez que le habían mostrado uno había hecho algo parecido. Pero no John, él era el intelectual.

A medida que los deprimidos ojos de John se desplazaron de un lado al otro por el papel, su rostro se pintó en súbita esperanza, y hasta parecía alegría. Sus ojos brillaban con intensidad, como si fueran dos bombitas azules eléctricas, mientras que su boca parecía abierta en un gesto que oscilaba entre impresión y sonrisa. Sus labios temblaban levemente, como si no encontrara palabras adecuadas para decir lo que pensaba.

—No te emociones tanto, John —dijo Kyle levantándose lentamente al observar la reacción de su hijo. Era mejor advertir las cosas ahora. Si había algo que no le gustaba, era ver los sueños de su hijo destruidos—. No sabemos bien que es, así que no te hagas ideas.

—¡Pero dice que es una misión que podría salvarnos! —Aulló John de alegría, con una sonrisa que no decía otra cosa que esperanza— ¿No sabes como es la misión que te darán?

EL PASADO FUTURO

—No, me dirán cuando llegue.

—Esto tiene que ser bueno ¿Cierto? —Continuó con esperanza en su voz el muchacho—. Te envían una carta con una posibilidad de salvarnos porque eres importante ¿Cierto?

—Ya te dije que no sé de que trata esto, pero lo averiguaremos una vez que lleguemos allí. ¿Está bien? Sólo no te hagas ilusiones, y prepara lo que creas que tengas que llevar, como siempre. Yo tengo que ir a preparar otras cosas.

—Está bien —sonrió John mientras que asentía levemente. Claramente, tenía en mente que su padre tuviera un as salvador bajo la manga, pero Kyle no podía evitar preguntarse si así era o esa carta era simplemente una falsa esperanza.

Ignoró ese pensamiento. El deber llamaba y eso era todo lo que concernía a la carta.

Dio unas leves palmadas en la espalda de su hijo y se marchó enseguida de la habitación, a prepararse para el viaje. De repente el deber quedó a un lado, y en su mente sólo retumbaba una misma frase, con la voz de su hijo: *¿Es una misión que podría salvarnos!*

No podía evitar preguntarse si sería cierto.

4

El cielo permanecía en su usual verde radioactivo y la temperatura, pese a la falta de energía en los generadores, era normal y artificial, como siempre. Al menos, el fin del mundo, en esa base, se estaba tomando como algo monótono. No se podía esperar otra cosa de una base militar. Todos los soldados estaban preparados para morir, tarde o temprano.

Kyle observó el cielo verde, tratando de ver más allá de ese color protector, pero falló. La base, como ciudades y otras instalaciones, estaba protegida por una cúpula eléctrica de colosales magnitudes que evitaba que el aire exterior entrara al lugar sin un debido tratamiento. Así que, si uno pensaba claramente, el cielo que todos veían, aquel cielo verdoso pútrido, no era otra cosa que la cúpula eléctrica haciendo su trabajo.

No entendía muy bien como funcionaba, pero sabía que había pequeñas partículas inteligentes ahí que descartaban todos los tóxicos que había en el aire exterior y lo dejaba entrar finamente a través de su espesa capa. Cuando había sido joven, esas mismas cúpulas habían sido transparentes, y se habría podido observar el bello cielo azul, pero ahora, sobrecargadas de la contaminación que filtraban, las cúpulas habían adquirido ese color verdoso, y pese a que a veces se incrustaban partículas limpiadoras más eficientes, continuaban tornándose más verdes. Era la contaminación, Kyle estaba seguro, que había llegado a límites siderales que eran dificultosos de limpiar.

Bajó su vista y observó por última vez el barrio más que monótono. Todas las casas eran cuerpos metálicos cúbicos, como si fueran cajas en un depósito industrial. Todas lucían igual al punto que si no fuera por el número de la entrada, nadie sabría exactamente cual era su casa. Giró y miró a su familia, que estaba de pie ya fuera de la casa, junto a él y su vehículo.

Como era usual, ella esperaba con su arcaico bolso de mano de cuero sintético gastado, seguramente con las mismas prendas que llevaba de un lado al otro con cada mudanza. Vestía su usual traje de viaje flexible blanco, que seguramente le era más cómodo para estar horas sentadas en el móvil, pero Kyle bien sabía que, al menos hasta llegar a la base principal, no sería más de una hora. Era un viaje corto.

John, por su lado, siempre era sorprendente ver que se llevaba consigo en cada mudanza. Algunas veces se llevaba un millar de cosas inservibles en varias valijas; otras, solo un par de prendas de ropa; o cosas que le cabieran en el bolsillo y en otras,

simplemente no llevaba nada. En esta ocasión, estaba de pie al lado del vehículo con uno de esos desagradables libros de papel en mano. Era de tapa roja y parecía bastante mutilado por el tiempo. Su tapa estaba manchada con pequeñas manchas que parecían hongos y sus páginas, que seguramente alguna vez habían sido blancas, eran marrones oscuras. Se preguntaba como diantres podría alguien leer en ese papel que seguramente al abrirlo caían enormes cantidades de polvo en la cara del lector.

Se acercó a su hijo y le preguntó sobre que era el libro. El muchacho no respondió, simplemente alzó el libro y se lo entregó a su padre. Le dio escalofríos sentir esa arcaica y desgastada tapa áspera del libro, que parecía una lija, pero aun mas escalofríos le dio la verdad del título del libro. Era muy apropiado para una situación así. Abrió la tapa y leyó la frase inicial, y no pudo evitar sonreír a la veracidad del texto.

—Creí que era algo ideal para leer ahora. Si todo termina —dijo John al ver el rostro de su padre al manipular el libro.

Kyle no contestó por unos momentos, y simplemente se quedó en su lugar, enraizado, observando aquel libro. Levantó su vista luego y sonrió a su hijo, devolviéndole el libro.

—Tendrás que prestármelo para leer. Suena interesante.

—Claro. Cuando lo termine, te lo prestaré —sonrió John. Luego agregó nerviosamente—: Si es que tengo el tiempo, claro.

Kyle hubiera querido decirle que no se preocupara, que todo iba a estar bien. Que iba a tener todo el tiempo del mundo, que todos se iban a salvar, pero no. Eso le daría falsas esperanzas. Era mejor no decir nada. No había nada peor que generar esperanzas en alguien y aplastarlas como si fueran un insecto sin sentimientos.

—Tenemos que irnos —susurró Kyle apartando su vista de su familia, y madre e hijo entraron al móvil ovalado plateado sin mas decir.

Kyle por su lado, tras tomar una bocanada de aire, se adentro al vehiculo a propulsión magnética y en pocos segundos ya habían emprendido el viaje a través de esa jungla metálica de base, en dirección hacia la Base Principal.

5

Para ser la oficina del hombre más poderoso del planeta, realmente dejaba mucho que desear. Como heridas sangrantes, las paredes de hormigón mal pintado parecían chorrear cemento entre sus hendiduras, mientras que el insípido reflector de luz se apagaba y se prendía constantemente, como si estuviera indeciso si romperse de una maldita vez, o seguir funcionando. El suelo era áspero y rugoso, como si fuera de piedra natural, mientras que las paredes formaban un perfecto cubo sobre esta, totalmente hermético, al punto que parecía una sala de interrogatorios. Lógicamente, lo único que no coincidía con ese roto cuarto era el hombre y el escritorio. Ambos, a diferencia de lo demás, estaban relucientes de su limpieza.

El escritorio era de madera antigua, finamente lustrada y con varios reportes electrónicos acomodados perfectamente sobre este, como si fuera una torre de bloques de construcción. Pese a estar acomodados, parecían no encajar con ese escritorio arcaico preservado, como el computador ultimo modelo que yacía en un costado de este, de furioso negro y reluciente pantalla tridimensional, que pasaba una y otra vez las mismas letras aburridas, que el hombre sentado ya había aprendido a ignorar.

El hombre vestía un elegante traje blanco que parecía pecar contra toda la suciedad del cuarto, y una abultada barba del mismo color. En aquel erosionado rostro, arrugado y desgastado, yacía una prominente nariz puntiaguda, como el pico de un águila, mientras que dos diminutos ojos grises, sin vida aparente, permanecían incrustados a su lado. Al menos, su vestimenta y complexión física si era adecuada. De

cualquier manera, el hombre había aprendido que nada importaban las apariencias, pese al dicho popular. No tenía cuidado sobre lo que los demás pensarán. Lo único que importaba era quien era uno y punto. Y él era el Presidente.

Muchos podrían haber dicho que era un cobarde por ocultarse en una base militar, en lo más profundo de aquel bunker subterráneo, pero la verdad era que poco le importaba su vida. Sólo importaba iniciar la misión y ya. El fin del mundo era más que aparente desde hacía tiempo, y sabía que moriría de cualquier manera aunque se escondiera. No. Él estaba ahí para asegurarse de que si el mundo terminaba, no pasara lo mismo con la humanidad.

La misión para lograr tal cosa, por supuesto, era un plan que requería maquinaria tan avanzada que era digna de aparecer en uno de esos relatos antiguos de ciencia ficción que se escribieron en el siglo veinte o veintiuno —no estaba seguro—, pero el punto era que era algo colosal. Se requería a varias personas calificadas para el trabajo que proponía la operación para salvar a la humanidad, y esperaba haberlas reunido a todas. Pero más importante, esperaba que el General Masters aceptara la misión. Ese hombre era la clave, de eso el Presidente estaba seguro.

Por lo que sabía, Masters era un líder nato, a quien cualquiera que le mirara el rostro le seguiría a la muerte si éste le preguntaba, a diferencia de él, que no era más que un simple líder político. Era por esa diferencia de palabras, entre nato y político, que Masters era el adecuado para el trabajo, y él no. Lo sabía, y no iba a armar berrinche. Un líder político hacía, en lo general, lo que es mejor para sí mismo, y de vez en cuando, como la ocasión, lo mejor para los demás, pero no se atrevían muchas veces a hacer *todo* lo necesario para llevar a cabo un objetivo. En cambio, un líder nato, siempre jugaba para el bien de todos y era totalmente desinteresado, al punto que podría llegar a hacer cosas que otros verían impensables para cumplir sus objetivos, y dada la casualidad, el Presidente sabía que Masters era ese hombre; el hombre que podía hacerlo.

Era por eso, que tenía que convencer a Masters de embarcarse en aquella épica misión.

El irritante sonido del comunicador que era la pantalla tridimensional del computador sacó de su meditación al Presidente, que no pudo evitar fruncir su cara como un bulldog al escuchar aquel sonido. Apretó con sus finos dedos, que parecían pequeñas ramitas, un par de comandos en el teclado y el monitor proyectó la cabeza tridimensional de un asistente joven que parecía estar sudando de nerviosismo, al punto que parecía que el líquido salado iba a salir de la realidad virtual y caer sobre el limpio escritorio.

—Señor —dijo la cabeza agitada del joven flotante.

—¿Qué pasa? —masculló el Presidente con gravedad.

—Señor, usted me pidió que le avisara cuando comenzaran a llegar los miembros de la misión —susurró el muchacho con miedo en su voz, como el de un niño que teme decirle a su padre que ha roto un jarrón valioso de la casa.

—Entonces entiendo que ya están llegando. ¿Llegó el General Masters?

—Sí, Señor. Fue el primero. Acaba de pasar por el control de entrada.

—Bien, has que le indiquen el camino aquí.

—Por supuesto, señor.

La cabeza flotante se esfumó como si fuera una nube de polvo llevada por el viento, mientras que el Presidente se reclinó en su silla, meditativo. Era imperativo que convenciera a Masters. Todo dependía de eso.

EL PASADO FUTURO

Fue luego de dejar a John y su mujer en una especie de salita de espera, que un soldado joven lo dirigió hacia el despacho del mismo Presidente, por los tristes y sucios pasillos de aquel bunker inmenso. Le hicieron pasar a la oficina —si es que así se podía llamar ese cuarto mugroso—, de inmediato.

El Presidente, como era de esperarse, estaba sentado detrás de su escritorio y se puso de pie con una rapidez poco usual en un hombre político, como si estuviera mostrando su apuro. Apretaron manos sin decir ni una palabra. Ninguno de los dos sonreía, aunque el Presidente, bien sabía Kyle, estaba intentando forjar su sonrisa política, pero fallaba. Se sentaron enfrentados, en total silencio salvo el crujido de las butacas que parecían fastidiadas por la situación.

—Debo suponer que ha leído mi carta, General Masters —comenzó el Presidente, ahora con lentitud en su voz, como si estuviera meditando cada palabra. No parecía muy seguro, y eso, Kyle sabía, no era un buen signo viniendo de un político.

—Si, señor, lo he hecho. Aunque no era muy detallada —respondió Kyle con educación.

—Era por cuestiones de seguridad, debe entender. No podíamos arriesgarnos a que alguien intercepte el mensaje. Rumores indeseados podrían haber surgido de éste.

—Entiendo —replicó lentamente Kyle, con una voz que parecía demandar más respuestas, pero el Presidente no dijo nada más. Se quedó sentado, asintiendo levemente, como si estuviera meditando que iba a decir a continuación.

No se escuchaba nada en la habitación, salvo el irritante sonido del silencio. Los ojos de Kyle recorrieron la habitación de un lado a otro, devorándola con la vista, mientras que el otro se decidía a hablar. No podía evitar parecerle extremadamente fuera de lugar el hombre que tenía en frente, con la habitación. Era como tratar de juntar blanco y negro, pero aquí de alguna manera coexistían, quizás por la desesperada necesidad.

—¿No le parece triste? —Dijo finalmente el Presidente.

—Disculpe, Señor, no entiendo a que se refiere.

—A la situación actual. “El Fin del Mundo” como le han denominado los científicos —explicó con nostalgia el hombre de blanco—. ¿Sabe cuanto tiempo nos queda?

—Si, menos de un mes según los cálculos de los científicos, pero confío en que estén equivocados.

—¿En que basa sus esperanzas? —Preguntó el Presidente algo sorprendido que alguien se atreviera siquiera a esperar algo contrario a lo enunciado por un científico.

—En lo que quiero creer —replicó de manera cortante Kyle.

—Claro —sonrió el Presidente finalmente—. Pero uno puede esperar que se pueda generar energía de la nada, pero eso no sucede, como bien sabe. No se puede negar lo que viene, General. Nuestras fuentes de energía están casi agotadas, y las cúpulas de las ciudades y bases no podrán funcionar sin éstas, y entonces, entrará el aire tóxico de la atmósfera y matará a todos casi instantáneamente sofocándolos. En menos de un mes nos habremos quedado sin energía y en consecuencia habremos muerto. También sabe perfectamente que ni siquiera podemos abandonar la Tierra ya que los Seres Espaciales nos lo prohibieron tras que intentamos terraformar Marte.

Había veces que Kyle olvidaba la contaminación, y los problemas de energía y escasez de alimento, pero nunca olvidaba que estaban en una cárcel. Una cárcel impuesta por seres alienígenas que habían tomado control de todo el espacio y condenado a la humanidad a permanecer en su planeta natal sin posibilidad de expansión. No lo olvidaba, pues él había estado en el destacamento que había ido a Marte a terraformarlo. Al llegar los bichos desgraciados los habían estado esperando y

los mandaron de nuevo a la Tierra. Luego vinieron con sus naves al planeta madre y destruyeron todo tipo de nave o transporte espacial, estableciendo que si llegara a salir del planeta nuevamente algún humano, eliminarían a toda la raza humana. Naturalmente, no eran muy amigables esos seres. Si había algo que Kyle despreciaba, eran esos cretinos.

—¿Ha sabido algo de esos bastardos? —Gruñó Kyle, saliendo del protocolo usual de decir “Señor”.

—Les mandé un mensaje de pedido de ayuda, pero parece que se lo tomaron como chiste. ¿Sabe que me respondieron? Dijeron que limpiarían la contaminación de la Tierra, pero una vez que los humanos hayan muerto por su creación. Pero tienen razón, ¿Sabe?

—¿Qué? —Preguntó Kyle sin entender, levantando una ceja.

—Es nuestra culpa que la Tierra esté contaminada y tengamos que vivir confinados en cúpulas. Nosotros polucionamos el Planeta a puntos inhabitables. Matamos a todas las otras especies pero fuimos lo suficientemente inteligentes para preservarnos, pero por un tiempo, al parecer.

—Si, lo se. Pero no se puede cambiar el pasado, Señor.

—¿Cómo sabe eso? ¿No le gustaría poder arreglar todos los errores hechos?

—Claro que si, pero es imposible.

—No tanto así —sonrió nuevamente el Presidente—. Esta es la solución que mencione en la carta. La solución contra el fin de la humanidad.

—Creo que no le entiendo, Señor.

—Usted sabe que no podemos salir de la Tierra porque una especie mas joven que nosotros nos lo prohíbe. ¿Qué si le dijera que podemos evitar eso? ¿Qué si le dijera que podemos hacer que esa especie nunca exista y nosotros ya tengamos control vasto de la galaxia?

—Diría que suena imposible.

—Quizás, en el pasado. Ahora, no —explicó el Presidente—. Verá, científicos gubernamentales han desarrollado un dispositivo de traslado en el tiempo, que dicho mas burdamente, no es más que una maquina que permite viajar en el tiempo. La misión para lo cual lo llamé involucra este dispositivo.

»La operación, dicho en simples palabras, consiste en que usted y un grupo vasto de científicos y otras personas viajen a través del tiempo y establezcan un centro de investigación y desarrollo en el pasado, a la Protohistoria, para ser mas especifico. Allí se instalarán y comenzarán a desarrollar naves capaces de viajar por rutas hiperespaciales, y luego, abandonarán el planeta cuando estén listos. Al salir del planeta colonizarán planetas y desarrollarán la civilización humana en otro lugar, preservando nuestra especie.

»Usted se preguntará donde encaja en todo esto. Es simple. El grupo necesita que alguien lidere la misión, que sepa como hacer las cosas y como dirigir un lugar. ¿Quién mejor que un General entrenado y con dotes directivas? Créame cuando le digo que usted es clave para esta misión.

Kyle no dijo nada, simplemente se puso de pie, como si quisiera irse de la habitación, pero en vez llevó su mano a su mentón, comenzando a frotarlo, meditando. ¿Podía ser cierto? ¿Era posible que pudieran viajar en el tiempo? De ser así, pese a sonar bastante simple en la explicación que le había dado el Presidente, Kyle entendía que en verdad era mucho más complejo. Era jugar con el tiempo, una fuerza incontrolable. Era casi lo mismo que un niño jugando con fuego, y todos saben que pasa cuando uno juega con fuego. Uno se quema.

EL PASADO FUTURO

No era científico ni nada por el estilo, pero tenía la suficiente materia gris como para entender que si viajaban al pasado podían afectar la historia de tal manera que existía la posibilidad que en el futuro, ni él, ni su hijo, ni nadie que conocía existiera, lo cual llevaría a la paradoja que si no existen en el futuro nunca podrían viajar al pasado y quien sabe en que debacles entraría el tiempo en ese contexto. Había visto varias películas y leído diversos libros de ciencia ficción sobre el tema, y todos variaban sobre las consecuencias que había sobre afectar el tiempo. Algunos resultaban catastróficos, otros no tanto, pero siempre había problemas. Siempre.

—¿No se da cuenta del peligro que existe en esta misión? —Comenzó Kyle con voz grave, como si fuera un padre dándole un sermón a su hijo— ¿No ve que podríamos afectar algo en el pasado, tal como el nacimiento de una persona importante, o un descubrimiento, o simplemente destruir toda la historia de manera que podría afectar el futuro?

—Si, podría pasar, pero hay minima chance que eso suceda. Entienda, que ustedes se establecerán en America, que no había sido descubierto siquiera en la Protohistoria. De hecho, milenios faltan para su descubrimiento en donde ustedes irán. Allí no podrán hacer mucho cambio.

—¿Pero que si lo hacemos? ¿Qué si de alguna forma rompemos una continuidad en el tiempo? ¿Qué si lo afectamos tanto que luego ya no existimos en el futuro y no podemos ser enviados al pasado? ¿Qué pasaría entonces? ¿Continuaríamos en el pasado pese a que en el futuro ya no existimos o simplemente desapareceríamos?

—No lo sé. Nadie sabe que pasaría en esa situación, pues nadie nunca ha hecho algo así.

—Pues, me parece excesivamente arriesgado.

—Aun así, ¿No le parece que vale la pena el riesgo? General Masters, podríamos preservar a la humanidad. No tendríamos porque extinguirnos si ustedes tienen éxito.

—Si por alguna razón remota la misión tuviera éxito y la Humanidad migrara al espacio, de cualquier manera, los humanos en la Tierra, en este ahora, morirán.

—Pero la especie se preservaría. Es una elección que debe hacer General, dejar a todos morir, o que los de la Tierra mueran y los demás vivan en otro lugar. Así de simple, y creo que es bastante fácil decidir. Estamos hablando de la supervivencia de nuestra especie. Le ruego que acepte. Es usted el indicado para dirigir este emprendimiento.

El silencio tomó control nuevamente de la habitación, mientras que la vista de Kyle caía sobre el piso, tratando de buscar respuestas que sabía que no encontraría.

Era verdad, aquel presente, donde los humanos se extinguirían por la contaminación, valía la pena arriesgarlo yendo al pasado. Pero en su mente volaban todos los peligros que podría encontrar al viajar. Podrían llegar a alterar el tiempo de manera caótica, lo sabía, pero ¿Qué si alteraban el tiempo y todo terminaba? ¿Acaso no era eso lo que estaba por pasar en ese momento? Sería lo mismo si hacían algo errado y morían. Nada distinto al presente. La clave era, entonces, tratar de hacer todo correcto, sin problemas. Sería difícil, lo sabía, pero, quizás, posible.

—Está bien, acepto —susurró Kyle, y luego elevó su voz, con total seguridad—. Pero mi familia viene conmigo.

—Si, por supuesto. Casi todos los que irán con usted llevarán sus familias. No se preocupe.

—Perfecto. ¿Usted irá también?

—Ah, no. Me temo que no.

—¿Por qué no?

EL PASADO FUTURO

—Yo soy el Presidente en este momento. Debo quedarme aquí. El capitán se hunde con la nave. Supongo que usted entiende ¿Cierto?

—Demasiado bien —replicó lentamente Kyle.

—Bien. Le instruirán con más detalle sobre la misión en el laboratorio, donde se reunirá con el resto de los individuos que irán con usted —dijo el Presidente poniéndose de pie—. Le deseo suerte, por el bien de la humanidad.

—Gracias, Señor. Intentaré hacer lo posible por llevar a cabo la misión sin inconvenientes —terminó Kyle y sacudió manos con el Presidente.

Momentos después, ya se había marchado por la puerta de esa rotosa oficina, a paso rápido y apurado. No había tiempo que perder.

7

Un huevo. Si, eso parecía. El gigantesco interior de un huevo metálico.

Kyle observó desde un pequeño ventanal al interior de aquella habitación ovalada, florecida de gente en grandes multitudes. Estaban todos hablando entre sí, cargando algún que otro bolso, pero sólo lo necesario. La mayoría vestía uniformes blancos puros, mientras que otros pocos, como él, vestían uniforme militar. El resto, seguramente las familias de cada uno de esos hombres, vestían ropa civil ordinaria. Su hijo y su mujer ya estaban en aquel cuarto, esperándole.

Aun flotaba en su cabeza el rostro de John cuando le había informado lo que harían, que, quizás, después de todo, se salvarían. Nunca había visto tal alegría en aquella joven cara. Era como si John estuviera más que agradecido de ser el hijo de su padre, el hijo de un hombre que lo podía salvar, a diferencia de tantos otros que seguramente estaban en el momento, esperando el fin.

De cualquier manera, pese a ser un militar y entender perfectamente su misión, no podía evitar sentirse algo incómodo. Dejarían a mucha gente atrás, y seguramente morirían, pero era lo mejor para la humanidad. Era todo lo que importaba. No un individuo, sino la especie. Lo sabía y lo tenía perfectamente tallado en su mente, pero aun así, las raíces de la disconformidad ante la situación no podían evitar surgir. Era un sentimiento de impotencia tal que se sentía como un pequeño ratón intentando detener una avalancha.

—¿Señor? —Dijo una voz ahogada detrás de él.

Kyle se dio vuelta y observó al pequeño científico, con cabellos grises secos y un par de colosales patillas en su rostro. Vestía de blanco, como el resto de los científicos, pero sus ropajes estaban algo desgastados y rotos, a diferencia de los demás.

Estaban de pie en un cuarto oscuro, iluminados sólo por la luz celestial que entraba del ventanal que daba al cuarto con forma de huevo, y por las constantes lucecitas de infinitos colores de los computadores que brillaban como gemas preciosas en la negrura.

—¿Si? —Inquirió Kyle observado al científico con expectativa.

—Aquí están las instrucciones detalladas de los Protocolos Secundarios de la misión — Dijo con nerviosismo en su voz el científico, entregándole un pequeño libro negro de papel al General — Son sólo para sus ojos, como ya le expliqué.

—Lo sé —masculló Kyle.

Ya le habían explicado en detalle todo lo relacionado con la misión, y la verdad era que el Presidente había omitido una parte fundamental en su explicación, que Kyle desconocía si era porque éste no lo sabía o porque no se lo había querido decir. De cualquier manera, no importaba. Ya sabía lo que tenía que saber, pero aun así se preguntaba por que tanto secretismo respecto a los “protocolos secundarios”. Aun así,

EL PASADO FUTURO

debía admitir que esos protocolos eran bastante útiles, pero a la vez, sería complicado llevarlos a cabo sin que nadie se diera cuenta.

Guardó el libro en lo profundo de sus atuendos militares y luego volvió su atención a la ventana que daba a la habitación ovalada que contenía a todas las personas que le acompañarían en aquel emprendimiento. Por lo que podía ver, eran más de cinco mil personas. Lo suficiente como para empezar una pequeña ciudad.

—Señor —dijo nuevamente el científico detrás de él, pero Kyle no giró para hablarle—, ¿Quiere repasar los objetivos e instrucciones?

—No hace falta, ya las tengo memorizadas —susurró Kyle y luego como si fuera un alumno recitando lección oral prosiguió—. El objetivo principal es fundar el centro de investigación como un lugar habitable para el grupo, y establecer los objetivos al resto de los miembros de la misión. Luego de eso tengo que iniciar los protocolos secundarios. ¿Cierto?

—En pocas palabras, si. Debe recordar mantener el orden y propósito tanto en la creación del centro de investigación y sus centros habitables como a la hora de iniciar los demás Protocolos. Recuerde que es por eso que el Presidente le eligió a usted, porque es un líder militar, además de un líder nato, como él dice.

—¿Y que pasara cuando yo muera? —Masculló Kyle sin ánimo alguno— ¿Quién tomara mi lugar?

—No lo sé, señor, pero supongo que encontrarán alguien que lo haga.

—Supongo —replicó Kyle, finalmente girando para observar nuevamente al científico. El hombre de blanco parecía estar más que nervioso ahora. Chorreaba sudor por doquier, y su cabello grisáceo comenzaba a oscurecerse de la humedad, al igual que sus prominentes patillas—. ¿Está bien?

—Si, si —dijo el científico algo ahogado—. Pero necesitamos empezar cuanto antes. Así que si no tiene mas que preguntar, General, le pediré que se dirija al cuarto principal para comenzar la transferencia.

—¿Por qué el apuro?

—Los niveles de energía, señor. La máquina consumirá casi toda la energía que hay utilizable, así que si esperamos demasiado puede que luego no haya energía suficiente como para arrancarla.

—¿Quieres decir que cuando nosotros vayamos al pasado, no habrá mas energía aquí?

—Si, señor.

—Pero morirán —murmuró Kyle, pero luego entendió que morir aquel día o en un mes era, a la larga, lo mismo. Eran en las mismas circunstancias después de todo, pues en ambas quedarían sin energía y el aire toxico entraría en las ciudades.

El científico no dijo nada, al parecer dándose cuenta que ya había entendido, aunque Kyle no podía evitar preguntarse que pasaría si la máquina fallaba y no los transportaba al pasado y aun así drenaba toda la energía. Claramente sería el fin de la humanidad, y días antes de lo supuesto. Sería trágico, pero, en esa situación, era lo único que se podía intentar. De ambas maneras morirían todos los habitantes de la Tierra, salvo que en una algunos se salvarían escapando al pasado, y en otra sería un exterminio total.

Kyle asintió levemente y se dio vuelta hacia la puerta del cuarto oscuro, y salió, sin más decir, dejando atrás al científico sudoso y al resto de los humanos.

En pocos momentos se encontró dentro del colosal huevo metálico y talló su camino entre la multitud que esperaban ahora ansiosamente en silencio, hasta encontrar a su familia que estaba en el centro de aquel cuarto. Ya habían anunciado por el alto

EL PASADO FUTURO

parlante el inicio de la cuenta regresiva. La tensión era tal que se podía sentir en el aire como si uno estuviera con un cuchillo filoso a pocos milímetros de la espalda.

Cuando llegó con su familia, observó que, como siempre, su esposa vestía su usual traje de viaje y su rostro parecía totalmente normal, como si este viaje en el tiempo fuera a ser como cualquier otro viaje que ya habían hecho. En cambio John tenía los ojos brillosos, en llamas de esperanza. Su rostro parecía emitir alegría como la de un niño que le permiten por primera vez subir a una montaña rusa. Entre sus dos manos sostenía aquel libro rojo roto.

Kyle sonrió y puso una mano sobre el hombro del muchacho, y le pareció más que seguro decir, finalmente:

—Vamos a estar bien, John, no te preocupes.

Su hijo le sonrió y en cuanto comenzó aquel sonido que parecía un zumbido de una turbina, tomó aire como si fuera a dar un zambullido en una pileta y Kyle le imitó. Las paredes metálicas del huevo gigante comenzaron a radiar luz blanca pura, que comenzó a envolverlos, atrapándolos y protegiéndolos, mientras que el zumbido continuaba aumentando.

Los ojos de Kyle y John brillaron en aquel blanco profundo, y luego, súbitamente, la luz se extinguió, dejando aquel huevo metálico a oscuras, totalmente vacío.